

# BOLETÍN

DE LA

## SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

AÑO I

Madrid, 1.º de Julio de 1898.

NÚM. 5

### EXCURSIONES

#### LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES EN TOLEDO

##### I

De acuerdo con lo anunciado en el número 2.º de nuestro BOLETÍN, el día 15 de Abril, á las once de la mañana, llegaban á la estación del ferrocarril de Toledo, donde les esperaba el secretario general de la Sociedad, señor vizconde de Palazuelos, los señores Alvarez Sereix (D. Rafael), Cabello (D. Vicente), Clemencín (don Perfecto María), Dusmet (D. José María), Enseñat (D. Juan B.), Feliú y Codina (don José), Florit (D. José María), Gartner (don José), Herrera (D. Adolfo), López de Ayala (D. Mariano), Muñoz (D. José), Navarro (don Luis), Prada (D. Manuel), Serrano Fatigati (D. Enrique) y Zuazagoitia (D. Cándido), que se habían adherido á esta excursión, y en el acto se dirigieron al elegante Hotel de Castilla, donde tenían preparado el almuerzo, durante el cual se concertó el itinerario que en dicho día había de seguirse, con objeto de aprovechar el tiempo y dar cumplimiento al programa de la excursión en toda su integridad. Entretanto se agregó á los expedicionarios el autor de estas líneas, delegado de la Sociedad en Toledo, y después de las presentaciones de rigor y de saborear el rico moka, se convino en dedicar la tarde á visitar la Fábrica de Armas y la región occidental de la imperial ciudad, después de dar un vistazo general al hermoso templo

primado, preparatorio para la visita más detenida, que se convino dejar para el día siguiente.

Emprendida la marcha hacia la catedral, recordáronse en el camino la historia y vicisitudes de la antigua Sede toledana, desde su fundación por San Eugenio, que hace sospechar la existencia de un antiguo templo católico en la ciudad de los Concilios desde fines del siglo I de nuestra era; la consagración de aquél en el año 587, primero del reinado de Recaredo, de cuyo acontecimiento ha quedado memoria en la interesante inscripción gótica cuidadosamente conservada en el claustro del templo actual, cuyo hallazgo acaeció en 1581 al abrir los cimientos de San Juan de la Penitencia; su transformación en mezquita *aljama*, después de ocupada la ciudad del Tajo, en 712, por Tarick-ben-Zeyad, y su restitución al culto católico después de más de trescientos setenta años, cuando, recobrada Toledo por D. Alfonso VI en 25 de Mayo de 1085, el celo imprudente del arzobispo Bernardo, abad de Sahagún, secundado por el carácter resuelto de la reina Doña Constanza, aprovechándose de una ausencia del Monarca castellano, rompe violentamente las condiciones de la capitulación que Don Alfonso estipulara con los musulmanes toledanos, y se apodera de la *aljama* durante la noche del 24 al 25 de Octubre del año 1087.

En este punto se trajo á la memoria el grande enojo que tal acontecimiento causara en el ánimo caballeroso del Rey, á quien alcanzó la noticia en el monasterio de Sa-

hagún, y su resolución de castigar á la Reina y al Arzobispo, acerca de lo cual dice la *Crónica general*: «E tan rabiosamente vino que en tres dias llegó de sant Fagunt á Toledo, é era su voluntad de poner fuego á la reina é al efecto don Bernaldo, porque quebrantaron su fe é postura.» Empero, comprendiendo los musulmanes que semejante castigo pudiera redundar en su perjuicio, al tener noticia de la venida del Monarca castellano se adelantaron á su encuentro, aconsejados por el prudente *alfaquí* Abu-Walid, á pedir gracia para los culpados. Dícese que encontraron á Don Alfonso cuando salía de Magán, según unos, ó de Ollás, según otros, y añade la citada *Crónica general* que, en cuanto los vió el Rey, les dijo: «Compañías buenas ¿qué fué eso? á mi me fecieron este mal, ca non á vos; que quebrantaron la mi fe é la mi verdad: ca yo de aqui adelante no me podré alavar de guardar fe ni verdad: é por ende yo tomaré enmienda é daré á vos derecho del tuerto que vos ficieron, ca sabe Dios que non fué por mi voluntad: é por ende vos cuido dar tal venganza que para siempre será sonada por el mundo é que tengades que vos fago grande enmienda.»

Tan noble proceder empeñó más á los moros en favor de la Reina y de D. Bernardo, para los cuales obtuvieron el perdón, dando con ello feliz desenlace á tan desagradable suceso; por cuya razón, reconocido el Cabillo á la generosidad del *alfaquí*, acordó, al edificar la iglesia actual, colocar su estatua en la capilla mayor, donde hoy se contempla.

Desde entonces continuó la mezquita convertida en iglesia metropolitana, hasta el año 1227, en que se abrieron los cimientos de la catedral que hoy admiramos, reinando el santo rey D. Fernando III y ocupando la Silla toledana el sabio Prelado don Rodrigo Ximénez de Rada.

Con estos recuerdos llegamos á la calle de la Chapinería, desde la cual pudo contemplarse la puerta llamada de la *Feria* ó del *Niño perdido*, acaso porque en una de las fajas de escultura que decoran su tímpano se halla representada la disputa con los doctores.

Interesa esta portada por ser la más antigua de la catedral, coetánea de sus orígenes,

como lo demuestra lo desgarbado y tosco de la escultura que la decora y los ropajes de las figuras, ataviadas á la usanza del siglo XIII. Demás de esto, esta página de la historia del arte ojival sirve de punto de partida para el estudio de la evolución que la ornamentación de semejante género de arquitectura ha experimentado en el templo primado, desde la memorada centuria, hasta los primeros años de la XVI, y acaso es uno de los más curiosos destellos del genio artístico de PEDRO PÉREZ, tracista del templo y primer director de sus obras. Por la referida puerta entramos en el templo, experimentando inefable impresión de grandiosidad ante el espectáculo del crucero, la capilla mayor y el coro, cuyo conjunto, embellecido por cierta vaguedad de líneas producida por la luz cernida que en las primeras horas de la tarde arrojan los pintados ventanales al interior de las naves, adquiere la expresión de lo infinito, llevando al ánimo del espectador la emoción de lo fantástico y celestial.

Aprovechando la circunstancia de faltar bastante tiempo para la entrada en coro de los señores canónigos, pudiéronse admirar las bellezas que aquél encierra en sus dos sillerías, alta y baja, atrileras, libros y verjas. Los excursionistas admiraron en primer término la *sillería baja*, donde el ingenio de maese Rodrigo representó los episodios principales de la guerra de Granada, y dejó en los cincuenta asientos de que consta, á la vez que un espléndido testimonio de aquella época de transición en que las artes comenzaban á salir de las tinieblas en que por tanto tiempo habían yacido, un documento interesantísimo para ilustrar la historia militar de España, mediante el cual pueden esclarecerse multitud de cuestiones relativas á la indumentaria y armamento de las tropas en el siglo XV, en que fué construída (1495), bajo el pontificado del gran Mendoza. La *sillería alta*, «portento de las artes españolas» al decir de un respetable crítico, donde el genio de Berruguete y de Borgoña hizo tan grandioso alarde de su vuelo y remonte, mantuvo extasiados, durante un buen rato, á los expedicionarios, observando el contraste que ofrecen la robusta manera del primero, cuyo modelado revela sus grandes conocimientos anatómi-

cos y su audacia en la ejecución, con la dulzura y suavidad del segundo, que hacen resaltar el sentimiento y le alejan de los resabios de escuela en que á las veces incurrió su competidor.

Las atrileras, el altar de *prima* con la imagen de nuestra Señora de la Blanca, y la estupenda verja que cierra el coro, cuyos detalles, con los nombres de Domingo de Céspedes, Villalpando y los Vergaras, manifestando están el nuevo rumbo que las artes decorativas emprendieron desde mediados del siglo XVI, entretuvieron por buen rato la atención de los curiosos visitantes, que desde allí pasaron á la *capilla mayor*, no sin examinar antes la hermosa verja que la separa del crucero, productó del ingenio de Villalpando, así como los lindos púlpitos que la flanquean, como aquélla de gusto plateresco, construídos, según tradición no muy justificada, con el bronce del antiguo sepulcro del condestable D. Alvaro de Luna, destruído, al decir de unos, por el pueblo toledano en un motín que promovieron, en 1449, los enemigos del Maestre de Santiago, ó en 1440 ó 41, por el odio que á don Alvaro profesaba el infante D. Enrique, hijo de D. Fernando de Aragón, en sentir de Juan de Mena, quien en su *Laberinto* dijo, refiriéndose á este acontecimiento :

Que á un condestable armado que sobre  
Un gran bulto de oro estaba sentado,  
Con manos sañosas vimos derribado  
Y todo deshecho fué tornado en cobre.

Ya dentro de la capilla, en la cual el arte y la historia se asocian para cautivar la atención del curioso, dirigiéronse todas las miradas al hermoso altar que la avalora y coloca á grande altura el mérito de sus tracistas y directores, Diego Copín, de Amberes, y Felipe de Borgoña, así como el de los cooperadores y auxiliares de que éstos se valieron, Almonacid y Peti Juan, Fernando del Rincón y Juan de Borgoña, Andrés Segura y Francisco Guillén, Diego de Llanos y Pedro de Plasencia. Perteneciente á la época en que la arquitectura ojival, al abandonar el mundo artístico, se ostentaba con aquella exuberancia que le valió el calificativo de *florida* en nuestro país, no produce su conjunto la confusión y desvanecimiento que otras obras de su época y de

su género, siendo de admirar la atinada distribución de sus relieves, que representan pasajes del Nuevo Testamento y revelan gran riqueza de imaginación y exquisito gusto en sus autores. La fecha de la terminación de esta obra se halla consignada en la siguiente inscripción, que en caracteres góticos se extiende alrededor del altar :

« EL REVERENDÍSIMO SEÑOR D. FRAY FRANCISCO JIMÉNEZ, ARZOBISPO DE ESTA SANTA IGLESIA, REINANDO EN CASTILLA LOS CRISTIANÍSIMOS PRÍNCIPES D. FERNANDO Y DOÑA ISABEL, SIENDO OBRERO ALVAR PÉREZ DE MONTEMAYOR. ACABÓSE AÑO DEL SEÑOR J. C. DE 1504, ESTE AÑO FALLECIÓ LA REINA Á 26 DE NOVIEMBRE. »

Los sepulcros de D. Alonso VII, D. Sancho el Deseado y el infante D. Sancho, hijo de D. Jaime el Conquistador, colocados en el lado del Evangelio, y los de D. Sancho II el Bravo y el infante D. Pedro, que ocupan el de la Epístola, unos y otros en los espacios que median desde el retablo á los pilares que separan la primera de la segunda bóveda, adonde los hizo trasladar Cisneros después de construída la capilla mayor, según sus deseos, desde la capilla de los Reyes viejos, fueron asimismo objeto de examen detenido por los excursionistas, que, después de contemplar el sepulcro del gran Mendoza,—colocado en el lado del Evangelio conforme á la voluntad del Prelado, y á despecho de la resistencia que opusiera el Cabildo toledano, por la entereza de la Reina Católica; obra apreciable en su género (Renacimiento), y que, sin embargo, no alcanza los quilates de otras de su época existentes en la misma iglesia,—dejaron con pena la capilla mayor, donde las estatuas del alfaquí, de D. Alfonso VIII y del Pastor de las Navas, habían traído á la memoria los gloriosos fastos de la conquista de Toledo y de las Navas, pasando á la sala capitular, no sin admirar el muro de cerramiento del lado de la Epístola, hermoso detalle que conserva la idea del estado en que se hallaba la capilla mayor antes de la restauración que en ella ejecutó Cisneros y de la erección del túmulo de Mendoza. Verdadero prodigio de ligereza, audacia y riqueza, constituye una de las más bellas preesas del hermoso templo primado.

En la sala capitular, y en la pieza que precede á la *sala de Cabildo*, entretuvieron la

atención de los visitantes los armarios, de gusto plateresco, destinados á la custodia de las actas capitulares; trabajados, el de la izquierda por Gregorio Pardo, desde 1549 á 1551, y atribuido á Berruguete por la soltura y grandiosidad de la ejecución, así como por la belleza de sus partidos; y el de la derecha, imitado del anterior con mucho acierto por D. Gregorio López Durango, que empleó diez años en su obra (1770-80) y se mostró en él habilísimo entallador. La puerta de ingreso á la sala de Cabildo, decorada en estilo mudéjar, que recuerda tan dignamente los nombres de su tracista Marcos y el entallador que la ejecutó, Bernardino Bonifacio, así como el hermoso artesonado de la misma estancia, que ilustra la memoria de Francisco de Lara, su director. Ya dentro de la sala de Cabildo, hermosa estancia rectangular rodeada de dos órdenes de asientos, fueron objeto de curioso examen: en primer término, la silla del gran Cisneros, tallada en 1512 por el maestro Diego Copín, de Holanda, y hoy ocupada por un lindo cobre que representa la coronación de la Virgen, de marcado carácter italiano de la época prerrafaelista; y después, la colección de retratos de los Prelados toledanos, pintados por Juan de Borgoña, padre del escultor que trabajó en la sillería del coro, desde el de San Eugenio hasta el de Don Alonso de Fonseca, los que siguen hasta el del cardenal Payá se deben á diferentes artistas, entre los que figuran nombres tan reputados como los de Comontes, Velasco, Tristán, Aguirre, Ricci y D. Vicente López. Sobre estos retratos dejó el mismo Borgoña once composiciones, que figuran: la *Concepción de la Virgen*, su *Nacimiento*, los *Desosorios*, la *Anunciación*, la *Visitación*, la *Circuncisión*, el *Tránsito de Nuestra Señora*, la *Asunción*, la *Descensión* para entregar á San Ildefonso la casulla, el *Monte Calvario* y el *Juicio final*, las cuales detuvieron buen espacio á los excursionistas, que reconocieron la justicia con que D. Antonio Ponz supo apreciar el mérito de tales pinturas cuando dijo: «Que su autor podía colocarse, á su entender, entre los españoles en aquel grado que es considerado Pedro Perugino entre los italianos.»

Finalmente, admirado el artesonado de tan hermosa estancia, que la experta mano

de Diego López de Arenas, el autor de la *Carpintería de lo blanco y tratado de alarifes*, puso como digna coronación á tanta belleza artística, se trató de emprender la marcha hacia la Fábrica de Armas, dejando para el día siguiente la continuación del examen de la catedral; pero es tal el ascendiente de las bellezas que atesora nuestra primada, y el de las páginas de la Historia que ilustra, que, hallándose abierta la *capilla mozárabe*, no se pudo resistir la tentación de penetrar en su recinto y dedicar un recuerdo al conquistador de Orán. Doquier se dirija la vista por los ámbitos de la capilla, se encuentran memorias de su inmortal fundador: su blasón, su capelo pendiente de la estrella que cierra la cúpula y el glorioso hecho de armas á que antes se aludió, consignado en el gran fresco que el pincel de Borgoña extendió en el muro fronterizo á la entrada, aunque con escaso primor artístico, con profundo carácter histórico y poética animación, representando la partida de la escuadra, el desembarco en la costa africana y la toma de la ciudad infiel, cuyos episodios viene á completar la extensa inscripción que, extendiéndose por bajo de la pintura, contiene la prolija relación de tan memorable hazaña. Dos joyas artísticas de subido mérito atraen además en aquel lugar las miradas del curioso: un crucifijo colosal, labrado en América, y que se dice ser de raíz de hinojo (?), y un hermoso mosaico que representa la Concepción, adquirido en Roma por el cardenal Lorenzana y arrancado á las profundidades del mar, que estuvo á punto de sepultarlo en la travesía.

Salimos al cabo de la catedral, y no pudimos menos de dar una vuelta á parte de su recinto exterior para contemplar la fachada principal, bellísimo conjunto formado por la torre de un lado, y la capilla mozárabe por el otro, que, avanzando cual dos baluartes, dejan entre sí un espacioso atrio, cerrado en su fondo por las tres puertas del *Perdón*, en el centro, del *Juicio* y del *Infierno* á uno y otro lado, donde la profusión de talla é imaginería producen impresión indescriptible, y son testimonio de la emulación que existía entre los artistas que por el año de 1418 escribían una de las páginas más brillantes del arte ojival en su apogeo, guiados por el talento del maestro

Alvar González, *aparejador de las canteras de Olihuelas*, en las que alguna imaginación fantástica ha creído ver las *catacumbas* (!) de Toledo, á pesar de distar de la población más de seis kilómetros y existir noticias de ellas y de su explotación en los libros de *obra y fábrica* de la santa Iglesia, correspondientes á los años de 1418 y siguientes. El hermoso detalle de la *puerta llana*, que, aun cuando incongruente, es una muestra gallarda del gusto excelente y la belleza que supieron dar á sus producciones los arquitectos de la segunda restauración del arte monumental en España, detuvo un momento á los expedicionarios, que no pudieron menos de reconocer el talento superior de su tracista Aan y la injusticia con que los críticos contemporáneos desdeñan las producciones greco-romanas de fines de la pasada centuria y principios de la presente que ilustran la historia del arte nacional, y que la mayor parte de ellos no han sabido ni saben comprender.

La puerta de los *Leones*, por último, que cierra el ciclo corrido por el arte ojival en el exterior del templo toledano, hizo ver cómo á fines del siglo XV comenzaba á insinuarse el renacimiento en las bellas estatuas que la decoran, cuyos ropajes, proporciones y primor de ejecución tan distantes las colocan de las que habían contemplado en la puerta de la *Feria*, su frontera por el lado opuesto. Y después de dedicar un aplauso al nombre de Anequin Egas, su tracista y director, y á los escultores y alarifes que le ayudaron, se emprendió decididamente el camino para la Fábrica de Armas.

La conversación recayó, una vez en marcha, sobre la antigüedad de la industria armera en Toledo y la fama de sus productos, ya muy extendida en tiempo de Augusto si concedemos autenticidad al testimonio de un poeta latino, Gracio Falisco, quien en un poema sobre *La caza*, citado por Ovidio, decía :

*Ima toletano praecingant ilia cultro,*

en el cual se apoyan los escritores indígenas para consagrar el añejo abolengo de la fabricación de armas en su ciudad, cuya producción fomentaron los godos y perfeccionaron los árabes, en manos de los cuales

alcanzó gran apogeo durante el siglo IX, bajo Abderramán II, y en el curso de la Edad Media ejerció y produjo un poderoso gremio de armeros que gozaban de singulares exenciones, honrándose los más hábiles con el título de espaderos reales. Pero cuando la industria armera en Toledo alcanzó todo su esplendor fué en el siglo XVI, cuando salían de sus talleres las espadas que dieron leyes á Europa y América; después siguió la suerte de nuestra influencia militar, viniendo á un estado lamentable de decadencia, hasta que en el siglo pasado, al advenimiento de Carlos III, se trató de restablecer el prestigio de la muerta industria mediante la creación de una fábrica dependiente del Estado, á cuyo fin se dictaron en 1761 oportunas disposiciones, que dieron por resultado la erección de la fábrica actual, cuya dirección técnica, como es sabido, corre á cargo del Cuerpo de Artillería, que para galvanizar la existencia de la fabricación de armas blancas, y que no muriera de asfixia, tuvo que asociar á ella años atrás la fabricación de cartuchos metálicos para fusil.

En tan sabrosa plática se llegó al referido establecimiento, situado á un buen kilómetro de la población, en la vega baja y junto al Tajo, en el sitio que fué, hasta la época de su fundación (1777), huerta de la Caridad, llamada también de Daza.

Después de admirar lo pintoresco del lugar en que se halla emplazado el bello edificio trazado por D. Francisco Sabatini, cuyo carácter general revela perfectamente el objeto de su destino, penetramos en su interior, visitando con pena sus silenciosos talleres, casi parados en su mayor parte, y limitados á satisfacer escasos é insignificantes encargos particulares, en la sazón que tuvo lugar nuestra visita. Se pasó por el taller de grabado y cincelado, donde además del decorado de las armas se construyen artísticos objetos de bisutería y repujado, y pasando por la sala de ventas, casi desalojada de objetos de interés, por hallarse la mayor parte en la Exposición de Chicago, se tomó la vuelta de Toledo.

Antes de seguir adelante, y para terminar este primer artículo de la expedición toledana, sea permitido hacer aquí una breve digresión acerca de la creencia vulgar que

atribuye el excelente temple de las hojas toledanas á cualidades excepcionales de las aguas del Tajo ó de las arenas de sus orillas. No entraremos en larga discusión científica para desvanecer tan infundada creencia y demostrar que las inmejorables condiciones de las armas blancas salidas de esta fábrica se debe sólo á la habilidad de sus forjadores; basta para ello citar el hecho siguiente: cuando en 1873 se envió á Inglaterra la comisión encargada de estudiar la fabricación de los cartuchos metálicos, á la cual acompañaron varios operarios del establecimiento, suscitada esta cuestión, pidieron nuestros obreros los elementos necesarios en acero y útiles, excepción hecha, como es natural, de las aguas y arenas del Tajo, con los cuales construyeron hojas en nada diferentes de las que salen de nuestros talleres, puesto que soportaron con éxito las pruebas rudas á que fueron sometidas.

P. A. BERENGUER.

## DE LA EXCURSIÓN A GUADAMUR

### LO QUE ES EL CASTILLO

#### I



dos leguas de Toledo, y separado como un kilómetro á la derecha de la carretera que conduce desde aquella capital á Gálvez y Navahermosa, yace asentado, en una ligera ondulación del terreno, y fuera del ordinario tránsito, el obscuro y humilde pueblo de Guadamur; humilde por su categoría y escaso número de habitantes <sup>1</sup>, y obscuro por la carencia en que se halla de historia propia. Y, sin embargo, si al nombre que lleva y á otras circunstancias nos atenemos, no es aventurado colegir que historia tuvo, é importante quizá, desde la remota época anterior á la irrupción serracena en España.

El riquísimo *tesoro de Guarrazar* hallado en sus inmediaciones y depositado en su gran mayoría, para mengua de nuestra

<sup>1</sup> Mil cuatrocientas veintiseis almas, según el último censo,

patria, en el Museo de Cluny de París (donde con amarga satisfacción le han visto mis ojos ocupando el sitio de preferencia) <sup>1</sup>, juntamente con los restos de distinta especie encontrados con frecuencia en su término, dejan más que entrever la existencia de alguna basílica ó capilla, enaltecida quizá con la presencia de los Recesvintos, Wambas y Egicas. Por otra parte, el vocablo *Guadamur*, evidentemente arábigo <sup>2</sup>, no deja lugar á dudas respecto del origen y abolengo del actual pueblo.

Estos puntos históricos y estas conjeturas hállanse, empero, envueltas en las nieblas propias de los siglos medioevales, y ni podrían ser con facilidad resueltos, ni menos lo pretendo yo al presente. Ya en el fin de la Edad Media vemos establecido y en pie lo que prestó alguna importancia y realce al pueblo, el castillo: que ha motivado este artículo.

#### II

Corría el segundo tercio del siglo XV, y se deslizaban los últimos años del reinado de D. Juan II ó los primeros del de Enrique IV, cuando se alzó pujante esa fortaleza, á la vez que palacio, que lleva el nombre de castillo de Guadamur. El transcurso de los tiempos y la desidia de los hombres hubieron de contribuir, sin duda, al obscurecimiento de sus orígenes; así vemos á un discreto escritor moderno desconocerlos por completo, confundir lastimosamente los blasones con que se ve ennoblecido, y aun

<sup>1</sup> Acerca del tesoro de Guarrazar, hallado en término de Guadamur, pueden verse los escritos siguientes:

*El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar*, obra de D. José Amador de los Ríos, publicada por la Real Academia de San Fernando. Madrid, 1861.

*Orfelería de la época visigoda. Coronas y cruces del tesoro de Guarrazar*, por el Ilmo. Sr. D. Pedro de Madrazo. Extensa monografía inserta en los *Monumentos arquitectónicos de España, publicados á expensas del Estado, etc.* Madrid, MDCCCLXXIX.

*Coronas de Guarrazar que se conservan en la Armería Real de Madrid*, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. Monografía en el *Museo español de antigüedades*, tomo III, página 113 y siguientes.

<sup>2</sup> La palabra Guadamur vale tanto en su significación arábigo, según el docto académico Sr. Fernández y González, como *rio del paso*; denominación que pudo estar relacionada con algún movimiento militar de los mahometanos cuando infectaban la comarca meridional de Toledo después de la toma de la ciudad por Alfonso VI.

apellidar al castillo «novel caballero, bien que gentil y ricamente armado, sin divisa en el escudo»<sup>1</sup>. Nada, empero, más infundado. Es bien cierto que el monumento fué erigido entre los años de 1444 y 64 por don Pedro López de Ayala, primer conde de Fuensalida, apellidado *el Mozo* para distinguirlo de su padre, que llevaba el mismo nombre.

Fué D. Pedro magnate poderoso, é influyente y muy querido de los dos monarcas que antes se citaron. Honraronle éstos, otrosí del título nobiliario, con larguezas y mercedes, cuales fueron la alcaldía mayor de Toledo y alcaidía de los reales alcázares, puentes y puertas, y asumió asimismo los cargos de aposentador mayor del rey don Juan II, alférez del pendón de la Banda, ricohome de Castilla y confirmador de los reales privilegios.

A este caballero se debe, pues, la erección del monumento en que nos ocupamos, y no al tercer conde del mismo título (que, al igual de la mayoría de sus ascendientes, recibió el nombre de Pedro), como gratuitamente supone el historiador toledano Salazar de Mendoza en su *Crónica de la Casa de Ayala*<sup>2</sup>. Fúndome al asegurarlo así en dos circunstancias que saltan á la vista. Es la primera la traza y disposición del recinto principal del castillo, que acusa notoriamente los promedios del siglo XV, época en que brotó también la *Torre de D. Juan II* del alcázar de Segovia, tan análoga á la de que tratamos en su altura, formas y ornamentación. Es la segunda los tres escudos que aparecen sobre el medio punto de la entrada, en que campean, á más del blasón de Ayala, los de Castañeda y Silva, propios de Doña Elvira y de Doña María, madre y mujer, respectivamente, del primer conde de Fuensalida. En lo tocante al tercero de este título, es más que verosímil reformaría su señorial morada y agregaría á lo edificado el recinto exterior y el foso, que ofrecen el carácter de una época más cercana á nos otros.

En el verano de 1502 se ve favorecido el

castillo con la visita de un alto personaje. Felipe el Hermoso, casado con la heredera del trono castellano, había llegado poco antes á España, y residía á la sazón en Toledo. Débil siempre y enfermizo, hubieron de agravarle los calores excesivos y la mal oliente atmósfera que rodeaba la ciudad imperial; y con el fin de atajar el daño y mudar de aires, trasladóse el lunes 11 de Julio al pueblo de Guadamur «sitio fresco y agradable,—dice el cronista de quien tomamos esta noticia,—en razón á su abundancia de aguas y cisternas», donde el conde de Fuensalida, señor del lugar, le recibió y festejó en su castillo, disponiendo una corrida de toros para esparcimiento de su regio huésped<sup>3</sup>.

Se conserva en el pueblo la tradición de que después de ocurrido el fallecimiento de la emperatriz Doña Isabel (1.º Mayo 1539), que se alojaba en Toledo, en el palacio del conde de Fuensalida, estuvo en Guadamur el César, invitado quizá por aquel magnate, que le proporcionaría así un apartado retiro en que llorar por breves días tan dolorosa pérdida.

Cuando en el siguiente reinado se obscurcía la estrella de la princesa de Éboli, recluida, de orden de Felipe II, en el castillo de Pinto, estuvo á punto el de Guadamur de convertirse en segunda prisión de la famosa Doña Ana Mendoza de la Cerda, según se desprende de una carta dirigida al Rey por Mateo Vázquez con fecha 7 de Noviembre de 1579; pero sin prevalecer aquel pasajero proyecto, la Princesa fué trasladada desde Pinto al castillo de Santorcaz en Febrero del siguiente año 1580<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Le lundi 11 de Juillet (1502), Monseigneur (Felipe el Hermoso) se trouvant faible et aggravé pour les chaleurs grandes et les vapours très puantes de la cité (Toledo), alla pour changer d'air, jouer avec de ses grands maitres á un château et village nommé Guadamur, place plaisante et fraîche á cause des eaux et cisternes qui y abondent, et est á deux lieux grandes de Toledo, où le comte de Fuensalida, seigneur du lieu, le reçut et festoya très bien, et pour passer temps fit course de toreaux.» — Relación del viaje de Don Felipe y Doña Juana á España en 1502, por el señor de Montigny. (Noticia proporcionada por mi distinguido amigo el señor conde de Valencia de Don Juan.)

<sup>2</sup> «Heme informado si la fortaleza del conde de Fuensalida era en ella (*esto es, en la villa misma de Fuensalida*), y parece que no está sino en otro lugar tres leguas de allí, que se llama Guadamur, y que es muy fuerte y de mucho y buen

<sup>1</sup> España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia, Castilla la Nueva, por D. José María Quadrado y D. Vicente de la Fuente. Tomo III (Barcelona, 1886), pág. 338.

<sup>2</sup> Manuscrito inédito de mi propiedad.

Tales son los datos ciertos que he podido allegar para ilustración de la breve historia del castillo de Guadamur, monumento que, cual casi todos sus congéneres, fué lógicamente en nuestro siglo víctima de los errores propios de esta época y de esta vida moderna, en la que hay por otros conceptos tanto que admirar.

### III

Apartada breve espacio del pueblo, al que completamente domina cual feudal señor á sus pecheros y vasallos, yérguese en un altozano la fortaleza, cuatro veces secular, gigante mole de piedra, robusta y gallarda, sólida y elegante á la vez; ejemplar quizá el más característico en la región toledana del castillo-palacio señorial del siglo XV, que sustituyó al castillo roquero de las centurias anteriores.

La planta fundamental del de Guadamur es un cuadrado ó rectángulo, modificado por los baluartes de distintas formas adosados á sus ángulos y cortinas. Vese compuesto el castillo de dos recintos amurallados y paralelos entre sí, circuidos por el ancho foso, cuya escarpa y contraescarpa acusan en sus sinuosas líneas la disposición interior de los recintos. Los baluartes de los ángulos, en uno y otro de éstos, afectan la figura de torres circulares, y los que avanzan en la parte céntrica de las cortinas la de redientes ó torres tajamadas, así dichas por su semejanza con los tajamares de los puentes. Los redientes y torres circulares del recinto exterior alcanzan mucha menor elevación, aunque bastante más amplia base que sus correlativos del interno. En estos obsérvanse estrechas saeteras entrelargas, mientras en los del exterior vemos ya troneras circulares apropiadas al juego de la artillería.

¡Cuán grandioso se ofrece ante la vista el castillo en su recinto principal ó parte más integrante! Arrimada al ángulo de poniente, sobresale pujante y airosa la torre del homenaje, que alcanza no menos de treinta y cuatro varas de elevación. Bello es su coronamiento, hoy, desgraciadamente, mutila-

dó, del cual son muy de ver las seis gentiles torrecillas asentadas en voladas repisas, enriquecidas con pequeñas bolas y pirámides, y los desnudos canecillos exornados también con la misma labor de bolas, bien característica y peculiar de muchas construcciones de la época. Circunda por completo el castillo, en los dos tercios de su altura, un corrido andamio, al igual que otros miembros y ornatos, destrozado, más que por obra del tiempo, por la mano del hombre; tan sólo de él quedan los hoy inútiles modillones, que parecen pedir instantemente una carga que soportar.

Más arriba de esta galería aparece ya el adarve, flanqueado aún por atalayas circulares rematadas en almenas con chapitel piramidal, cuyo número y disposición contribuyen no poco á suministrar al castillo, particularmente visto de lejos, no escaso realce y gallardía.

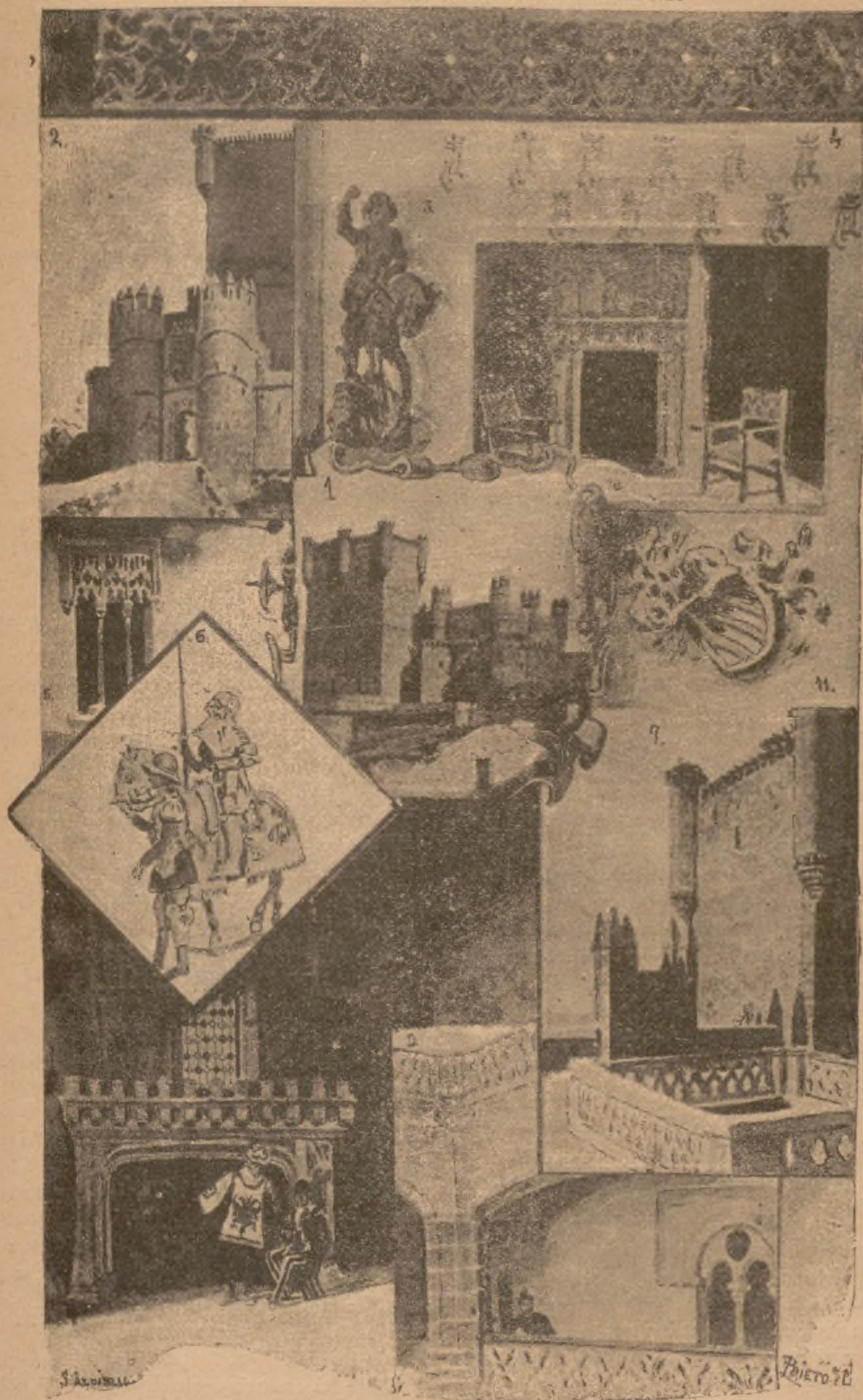
Varias ventanas, dispuestas en arco rebajado y de medio punto, prestan más que suficientes luces al interior. Embebidos en los muros nótanse repetidamente no pocos escudos con el blasón de Ayala, consistente en dos lobos pasantes, y en derredor, á guisa de orla, ocho aspas ó cruces de San Andrés.

La portada, aunque sencilla, es linda y de marcado sabor de época. Redúcese á un arco de medio punto, formado por grandes dovelas é inscrito en un recuadro, entre cuya parte superior y el arco campean tres graciosos escudos colocados en un mismo plano y en forma de losange; en el central se repiten las armas de los Ayalas, y en los laterales izquierdo y derecho se destacan las de Castañeda y Silva, consistentes estas últimas en un león rampante vuelto hacia la izquierda, y en cuatro bandas con colillas de armiño las de Castañeda.

Poco he de agregar á lo antedicho de otras particularidades externas del castillo. La puerta de ingreso al recinto exterior hállase situada en el lado de poniente, viéndose su arco, ayer roto, hoy restaurado, flanqueado y defendido por dos fuertes torres circulares, reconstruidas en su mayor parte y coronadas de almenas con chapitel piramidal. A plomo sobre el arco aparece un matacán también almenado, que ostenta en su frente el escudo, modernamente

apuesto, v.— Carta de Mateo Vázquez al Rey, fecha 7 de Noviembre de 1579. (Nota del Sr. Muro en su *Vida de la princesa de Éboli*, publicada en Madrid en 1877, pág. 155).





## EL CASTILLO DE GUADAMUR

1. Vista general del castillo.—2. Puerta de entrada al recinto.—3. Estatua ecuestre de San Jorge.—4. Decoración de una de las salas.—5. Una ventana del patio.—6. Detalle de la armería.—7. Detalle de la torre y plaza de armas.—8. Chimenea del comedor.—9. Detalles del patio.—10. Chimenea en una sala.—11. Escudo blasonado.

labrado, de los restauradores del castillo. A sus actuales poseedores se debe, pues, la reedificación casi completa de esta especie de avanzado centinela, que, como el coronamiento de la gran torre del homenaje, como la galería ó andamio que rodeaba el castillo, muchos otros miembros suyos y aun el castillo por entero hubiera sido al cabo víctima triste é inerme de la necesidad ó de la codicia humana, armadas con el barrero destructor ó con la piqueta demoledora. Por dicha surgió una mano compasiva y una voz amiga, con cuyo apoyo y ante cuya intimación parece haber brotado nuevamente de entre sus ruinas la antigua mansión señorial, hartó más afortunada en esto que otras moradas de análoga índole, ayer alcázares regios ó viviendas de magnates, hoy guaridas de alimañas y de aves de rapiña.

#### IV

Para hacerse cargo de la transformación operada de poco tiempo acá en el castillo de Guadamur es preciso haberle visto algunos años ha, cuando fué adquirido por sus actuales dueños, los condes del Asalto. Imaginaos unos vetustos muros y torreones que sí por sus elegantes contornos y buena conservación relativa parecen encerrar espaciosas cuadras y salones anchurosos, sólo en realidad contienen una gran habitación, cuya techumbre es el espacio infinito; un arco roto aquí, una quebrada bóveda acullá, un fragmento de gótico antepecho á la izquierda, un desgastado brocal al lado opuesto, escombros y hierba por todas partes... Esto era interiormente el castillo, cuyos desmoronados fragmentos dejaban adivinar, cual acontecía al poeta ante las ruinas de Itálica,

Cuánta fué su grandeza y es su estrago.

Pero he aquí que súbitamente, y como por encanto, cambia la decoración; al completo abandono sustituye la animación bulliciosa, á la soledad y al olvido un enjambre de operarios, y los montones de escombros ceden el paso, y los gruesos muros inferiores vuelven á levantarse, y sobre ellos voltean las robustas bóvedas, se alzan atrevidos arcos, se tienden artísticas techumbres, osténtanse típicos detalles de época, reúnen objetos

arqueológicos de varia índole. Es que á la vieja y lastimosa ruina ha sucedido la morada del ser humano, reconstruída tan fielmente como ha sido posible á ejemplo de las mansiones señoriales del siglo XV.

Para conseguir esta fiel reconstrucción se han recogido con toda solicitud y cuidado restos, al parecer insignificantes, esparcidos ú ocultos entre las ruinas, y con escrupulosidad nimia se han copiado, cotejado y restaurado letras sueltas ó fragmentos de las inscripciones con que los devotos Fuen-salidas quisieron adornar los muros de su vivienda.

Tras las ferradas puertas de la entrada, provistas de morunos pernios y aldabones, aparece el zaguán anchuroso que da paso á las caballerizas, á la antigua y no muy amplia escalera, que caracolea y se revuelve hasta llegar al piso principal, y á la gran escalera moderna, modificación la más notable entre las operadas en la distribución interior del castillo.

En el zaguán mismo ya aspira el espíritu á remontarse á otras edades con la lectura de los textos latinos escritos sobre la escocia en vistosos caracteres germánicos mayúsculos. *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*, adviértese en primer término, como dando á entender cuán exiguas y miserables son las fuerzas humanas cuando no se hallan sostenidas por el favor divino. Espaciosa es la escalera, formada por un solo tramo de 33 anchas gradas de piedra que cargan sobre dos rebajadísimos arcos que podrían juzgarse insuficientes para soportar tan grave peso. Flanquéala adecuado antepecho, en que se dibujan grandes rosetones, y sobre cuyos extremos aparecen dos animales fantásticos, y cúbreala un artesonado partido en casetones rectangulares. En el muro de la meseta superior vese una imagen de la Virgen, de talla, del siglo XV, colocada en una repisa y cobijada bajo un doselete, y ante ella pende, alumbrándola de noche é iluminando la escalera, un farol hecho de vidrios de colores no mucho más modernos que la imagen.

Entre las estancias principales del castillo fuerza es citar en primer término el comedor, que ocupa la planta baja de la torre del homenaje. Terminada casi por completo su

decoración, muchos detalles le avaloran. Citaremos entre ellos su artesonado de antiguas maderas, pintado y dorado y con varios escudos en torno; la continuada labor de pequeñas semiesferas que corre á todo lo largo de la escocia; la puerta de entrada, forrada de cuero repujado, en cuya parte céntrica se destaca un ángel que abarca el escudo de la casa; las policromas vidrieras de sus ventanas, producto de la moderna industria barcelonesa; los bancos adosados á todo lo largo de los muros, de talla y gusto gótico florido, semejantes á los de los coros de las catedrales, y las pinturas que, en número de cinco, ocupan una gran parte de los muros, representando escenas relacionadas con la presencia de D. Felipe el Hermoso en Guadamur. En mayor grado quizá que estos detalles llama la atención del visitante la gigantesca y monumental chimenea, de estilo ojival terciario, que abarca por completo el testero de la pieza. Proporcionada en los dos cuerpos de que consta y lindísima en sus pormenores, son muy de ver en ella las dos caprichosas bichas que flanquean el gran arco del hogar y parecen cobrar vida miradas á la trémula claridad de la fogata en una noche de invierno; los modillones y almenas que rematan el primer cuerpo; los tres elegantes arcos canopiales que en el segundo se divisan, cobijando ora una ventana de vidrios multicolores, ora dos heráldicos escudos sustentados por leones, y los altos pináculos, en fin, que sirven de gentil coronación á la obra.

En la torre también, y sobre el comedor, está la armería, cuyas paredes van cubiertas por tapices, uno de las cuales, notable y de principios del siglo XVI, representa la conversión de San Pablo. Varias armaduras completas se conservan aquí, y entre otras una ecuestre, de torneo, de tiempo del emperador Carlos V, y otra, ecuestre también, del de Felipe IV. Además, una maximiliana, otras de la época de los Reyes Católicos, Felipe II y Felipe IV, y dos más, propias de ballesteros, con sus ballestas y capetes de ala ancha y caída. Completan el cuadro varias armas sueltas de estoque y de filo, entre las que se cuentan algunas espadas de taza calada, alabardas, lanzas, dagas, etc. Finalmente, muebles antiguos, tallas, libros y pinturas hay también en

la armería, convertida así en un pequeño museo.

Ocupa el centro del cuadrilátero formado por el castillo el patio, de gracioso y poético carácter. Rodéanle dos series de galerías superpuestas, provistas en cada costado de un ancho arco escarzano. En tres de los frentes de la galería inferior ábrense igual número de airosas y afiligranadas ventanas, copia ó imitación de otras que en distintos monumentos ó edificios radican, ora se llamen el suntuoso monasterio de Poblet, ó el convento de San Antonio de Toledo. Sustentada cada cual en dos columnas de esbeltos y aéreos fustes, remata superiormente en calados dibujos de piedra blanca, que labrada cera semejan por la galanura y perfección con que están ejecutados. Allá, en el extremo superior del patio, sírvele de corona en las cuatro fachadas un gentil antepecho gótico, observándose en los ángulos cuatro salientes gárgolas en forma de monstruos ó mascarones, cuyas horribles muecas y abiertas fauces parecen constituir una mueca ó una amenaza. Y cual contraste risueño con aquellas espantables figuras que los siglos medios se complacían en modelar, vese en torno del pozo, que ocupa el centro del pavimento, como en las galerías, profusión de tiestos y macetas que prestan al recinto el sello del patio andaluz.

Cual escolta de honor al mismo rodéale una serie de estancias ó salas, propias para recepción y para dormitorios, en que se ha querido reproducir diversos estilos, subordinando á esta idea los adornos, detalles arquitectónicos y muebles. Aun sin pretender describir á la menuda dichas estancias, en ellas me detendré breves momentos para consumir esta desmedrada descripción de la parte artística del castillo.

El salón principal es de puro gusto germánico, y en él abundan detalles interesantes. La chimenea es de piedra, lleva adornos crestados y blasón marmóreo del fundador del castillo. El artesonado policromo es fiel copia de otro que existe en el palacio de Jaime II, del monasterio de Santas Creus. Dos portadas de bello estilo terciario, así como el brillante zócalo de azulejos, realzan considerablemente la sala, por cuyos muros hay esparcidas tablas antiguas y un gran cuadro moderno en que se representa al fa-

moso conde Armengol de Urgel, aquel que mostró sus bríos arrancando solo, ante la morisma, los aldabones de las puertas de la ciudad de Almería.

Entre las demás piezas que rodean al patio debo citar una de severa transición del gusto ojival al del Renacimiento, notable por su ostentoso artesonado, tapices historiados, puertas talladas y suntuosos muebles modernos, que imitan grandemente los de un palacio del siglo XV. La sala siguiente muestra decorados sus muros con águilas y conchas simbólicas, tomadas de los blasones de los dueños del estilo. Otra más distante ostenta los caracteres del estilo mudéjar, tan usado en Toledo en el siglo XV, y á él corresponden el zócalo de azulejos, las portadas, los lienzos y frisos de estuco pintado con brillantes colores, la geométrica talla de las hojas de puerta, los muebles y la inscripción hebrea de la escocia, tomada de un salmo del real Profeta.

El interior de los baluartes circulares y redientes, que tanta animación prestan al conjunto exterior del castillo, hase aprovechado ventajosamente para distintos usos. En uno de estos interiores, ó *cubillos*, hay pinturas murales que representan ángeles tocando instrumentos músicos, copiados de originales del célico pintor de Fiesole. En otro vese fajeado el muro de dos colores con adornos de hojarasca, campeando en lo alto tres grandes escudos, con ciervos alados por tenantes.

Ornamentación análoga, aunque variada siempre, aparece en los demás, á cuya descripción renuncio temeroso de prolongar demasiado este artículo.

Sólo agregaré á lo dicho que el visitante no debe abandonar el castillo sin efectuar una ascensión á la plaza de armas, y otra á lo alto de la torre, desde la cual la vista que se goza remunera al espectador de las fatigas que le proporcionó una larga y empinada escalera.

Y aquí hago punto en definitiva, no sin afirmar que tan sólo la imposición amistosa de mis compañeros de la Sociedad de Excursiones, y el deseo de conservar entre ellos el recuerdo de la expedición á Guadamur, que no ha mucho realizaron, han podido forzarme á describir el castillo, con cuyos antiguos y modernos poseedores tengo estre-

chísimo deudo, y por cuya total y feliz restauración hago votos al cielo.

EL VIZCONDE DE PALAZUELOS.

## EXCURSIÓN Á GUADALAJARA

No obstante la proximidad de Guadalupe á Madrid, se conocen poco su historia y sus monumentos, porque aun los viajeros más curiosos se cuidan más de pasar de largo, en la dirección de Zaragoza y Cataluña, que de detenerse en la capital de la Alcarria. Por esto mismo ofreció verdadero interés la excursión hecha por nuestra Sociedad en 7 de Mayo último. Asistieron á ella los Sres. Feliu y Cordina, Bosch, Vives, Muñoz y García Luz, Cabello, Florit, Quintero y Presidente y vocal de la Comisión ejecutiva.

Justo es decir que, como de cariñoso compañero y guía expertísimo, fuimos recibidos y acompañados por el Sr. D. Miguel Marchamalo, ingeniero jefe de Caminos en dicha provincia y muy distinguido hijo de ella.

Pocas horas se emplearon en la excursión. Puede decirse que las que median de sol á sol; pero esto, por las circunstancias de la Sociedad, es propio de sus viajes, que no tienen por inmediato fin el detenerse largo tiempo en sus estadas, ni hacer estudios minuciosos sobre los terrenos, las poblaciones y los monumentos, aunque excursiones tan rápidas den origen, casi siempre, á investigaciones de más fuste.

Claro es, pues, que en pocas horas no pudimos hacer otra cosa que visitar la ciudad y sus riquezas monumentales con rapidez no siempre conllevada. Porque mientras los ojos se deleitaban en la contemplación de algún edificio digno de reposado examen, la voz de nuestro simpático guía nos recordaba cuánto quedaba por ver y cuán necesario era aprovechar las horas fugitivas. Aun así, he aquí una reseña de lo que vimos:

Digamos desde luego que es inútil buscar en la ciudad restos de su indudable existencia en las épocas romana y árabe. Allí estuvo Arriaca, si cabe reducir esta mansión del Itinerario de Antonino Pío al sitio mismo donde hoy existe la ciudad; pero ni un tro-

zo de muralla, ni un macizo de hormigón, ni fragmentos de cerámica, ni inscripciones parlantes acreditan una opinión que tenemos por cierta, mucho más que aquella según la cual Guadalajara fué la Caraca que menciona Plutarco. Ni aun la semejanza eufónica puede servir de mucho en este caso, porque todos los arabistas, que no suelen acordarse entre sí, están conformes en reconocer el origen árabe del nombre actual de la capital alcarreña. Y sin embargo de que consta su existencia en el período musulmánico, tampoco ofrece restos de ella, como si la conquista cristiana los hubiera borrado del todo.

Lo que sí hay es algún edificio donde los alarifes mudéjares dejaron visibles huellas de su pericia en la construcción, y de su gusto en trazar arcos de herradura y de labrar con ladrillo. Entre esos edificios merece especialísima mención la iglesia parroquial de Santa María, cuyos muros exteriores conservan aún íntegros, á despecho de las restauraciones del siglo XVI y de enjalbegados posteriores, dos magníficos arcos de herradura apuntados, resto de la primitiva construcción. No menos curioso es el pequeño templo mudéjar de Nuestra Señora de la Antigua, sobre todo en la parte del ábside, y es lástima que esté en malas condiciones de conservación. Ha descrito este templo y ha trazado su historia en curioso opúsculo el socio Sr. Catalina García.

El Renacimiento tiene representación más cumplida desde sus primeros albores. Ya se advierte su influencia en un edificio colosal de grande aparato arquitectónico y de fama muy merecida. Nos referimos al célebre palacio ducal del Infantado, donde, si es cierto que la ilustrísima casa de los Mendozas no tuvo su primer solar, lo levantó para regio aposentamiento de sus próceres durante algunos siglos. La fachada de tan notable monumento, labrada en piedra de sillería, produce al pronto confusión, porque hay en ella elementos ojivales, mudéjares y del Renacimiento, siendo más notoria esta mezcla en el cuerpo superior, donde lo vario y ostentoso del conjunto y los garitones del balconaje hacen olvidar la poca limpieza de líneas y la no esmerada labor de los detalles. Esto mismo se advierte en el famoso patio de los Leones, así

llamado por los que en las enjutas de la arquería de las cuatro bandas del patio, y en uno y otro piso, sostienen como soportes el glorioso escudo, muy repetido, de la casa de Mendoza. Todo es obra del siglo XV ya expirante, así como los riquísimos aunque toscos artesonados de algunas salas, la galería mudéjar que da al jardín, la gran chimenea, etc. Posteriores son otras obras, principalmente de pintura, con que los duques del Infantado exornaron las principales estancias de su fastuosa residencia, y en las que el Renacimiento se desprende de extraños influjos.

Recorriendo aquellas estancias traíamos á la memoria recuerdos muy interesantes de la historia de Guadalajara, y aun del palacio mismo. Porque en él murió el gran cardenal Mendoza, en otra casa de la ciudad nacido; allí también las larguezas de un duque del Infantado dulcificaron la pesadumbre del real prisionero de Pavía, que paró algún tiempo, de paso para sus prisiones de Madrid; en sus salas se reunió la corte española para celebrar la boda de Felipe II con Doña Isabel de la Paz, como más tarde recibió otros huéspedes reales, y presumimos que no en otra parte asentó sus prensas un impresor de Alcalá para estampar el *Memo-rial de cosas notables*, escrito por el cuarto duque del Infantado, é impreso en 1564, y que es la única obra de la imprenta de Guadalajara antes del presente siglo.

Al siglo XVI y al puro estilo del Renacimiento pertenecen otros monumentos que visitamos. Fueron los más notables la iglesia del Hospital civil, adornada de un pórtico muy airoso y de elegante sencillez; el antiguo edificio que alberga hoy al Instituto provincial, donde son admirables el patio, que recuerda por su traza, aunque no se le acerca, los del archivo de Alcalá de Henares, y una bellísima portada, de cuya vista no puede gozarse sino penetrando en el edificio, y la iglesia de San Ginés, antiguo convento de Santo Domingo, con su arco exterior volado y sus reminiscencias clásicas.

En el interior de esta iglesia son muy notables el sepulcro del conde de Tendilla, del gótico decadente, pero rico de líneas y de ornamentación, y el de D. Pedro Hurtado, donde el Renacimiento puso sus más ricas galas. Las estatuas de estos sepulcros son

interesantísimas por su valor artístico y por sus pormenores iconográficos.

Objeto de opiniones opuestas ha sido siempre la pequeña capilla de San Miguel, cerca de la iglesia de Santa María. Construyóla, según reza una inscripción en ella todavía legible, en 1540 un célebre médico y anticuario de Guadalajara, Luis de Lucena, que pasó buena parte de su vida en Italia. Unos la consideran como de arte mudéjar, apartè las pinturas del interior, y así parecen comprobarlo las labores de la obra de ladrillo, los cubos de las esquinas y la especie de moldura estaláctica que corre á manera de coronamiento monumental por las cuatro caras del edificio; otros ven más notoria la influencia de un modo de construcción que dejó algunos edificios análogos en ciertas ciudades italianas, sobre todo en Milán, según parecer del Sr. Catalina García. En aquel edificio, como hemos oído á este nuestro consocio, fundóse la primera Biblioteca pública de España digna de este nombre, fundación del mencionado Luis de Lucena.

No podemos alargar este artículo con la descripción de otros monumentos de Guadalajara, como el panteón de los duques del Infantado, remedo del que asombra á los visitantes de El Escorial; la antigua y gótica capilla que se conserva en la iglesia de San Gil, cuyo pórtico fué albergue del Consejo de Guadalajara antes de que se trazasen en el siglo XVI las Casas Consistoriales; el bello sepulcro de D. Juan de Zúñiga, en el convento de Santa Clara; el trazado y los elementos de construcción interior de la iglesia ojival de dicho convento; algunos restos de la muralla, y lo poco ó mucho que de interés arqueológico ofrecen las iglesias de Santiago, San Nicolás, las Bernardas y Carmelitas.

Esta brevísima reseña no pondrá muy de manifiesto las excelencias artísticas y los recuerdos históricos de Guadalajara, pero servirá al menos para que el lector sepa que cerca de Madrid existe una ciudad digna de visitas inteligentes y aun de formales estudios.

PELAYO QUINTERO.

## SECCIÓN DE CIENCIAS HISTÓRICAS

### NAVES ARTÍSTICAS EN LA EXPOSICION

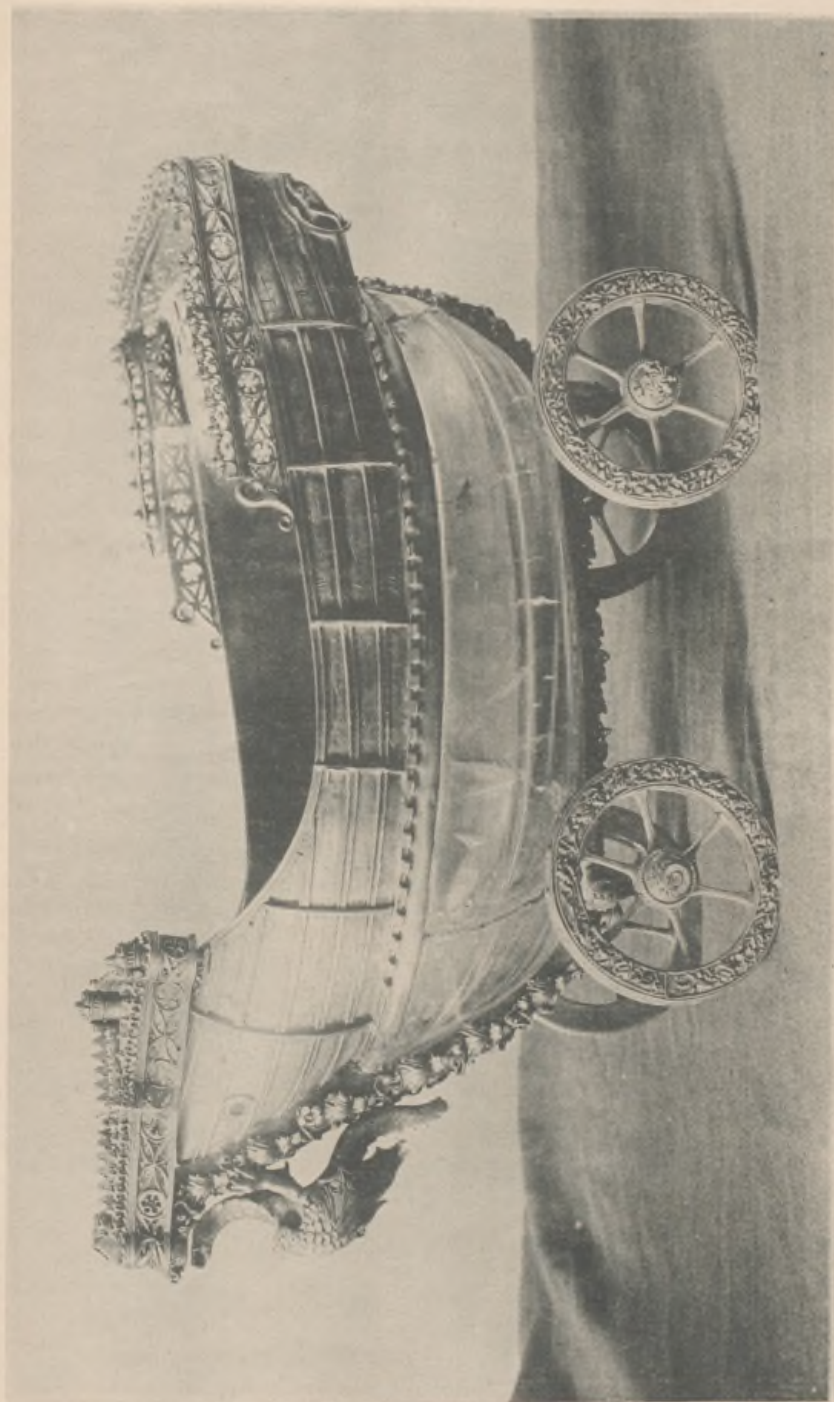
ENTRE tantos objetos de arte mostrados en la Exposición histórica del palacio de Recoletos, luce <sup>1</sup> una navecilla remitida por la Seo de Zaragoza, á la que fué donada en el último tercio del siglo XV por Mosén Juan de Torrellas, uno de aquellos corsarios valencianos que, según Capmany, con el arrojo y la fortuna hicieron del mar heredad productiva. Constituye el casco un caracol nacarado, cuya figura natural se aproxima á las líneas de las embarcaciones del tiempo. El orífice le puso por soporte un soberbio dragón de plata dorada, engarzando en la frente una esmeralda hermosa y dos rubies ó piedras encendidas en los ojos, dejando á la imaginación dictarle el diseño de la cola y de las grandes alas esmaltadas.

La nave completó fijando sobre el caracol los castillos de popa y proa con remates de crestería; un mástil solo, la vela tendida, sin olvidar gavia, motones, cabos ó cuerdas de maniobra y otros pormenores de interés, tal cual se ven en el fotograbado, componiendo la obra que se destinaba á la liturgia inspirado en ideas tradicionales, que por algo, en general, se nombra *naveta* al recipiente del incienso quemado en las ceremonias del culto católico.

Símbolo perpetuo de la Iglesia ha sido, desde los primeros tiempos del Cristianismo, la nave estable y tranquila en medio de las olas agitadas del mar de las pasiones; no es mucho que con predilección se fijara en los objetos y en los ornamentos sagrados, ya figurada con líneas convencionales hieráticas, copia de los diseños primitivos, ya dibujándola con más realidad por influjo del adelanto de las artes <sup>2</sup>. En la época de persecución en que era peligroso reverenciar el signo de la cruz, á la nave acompañaban el ancla, el faro, el pez, símbolos cristianos asimismo del divino Maestro.

<sup>1</sup> En la sala X, señalada con el núm. 13.

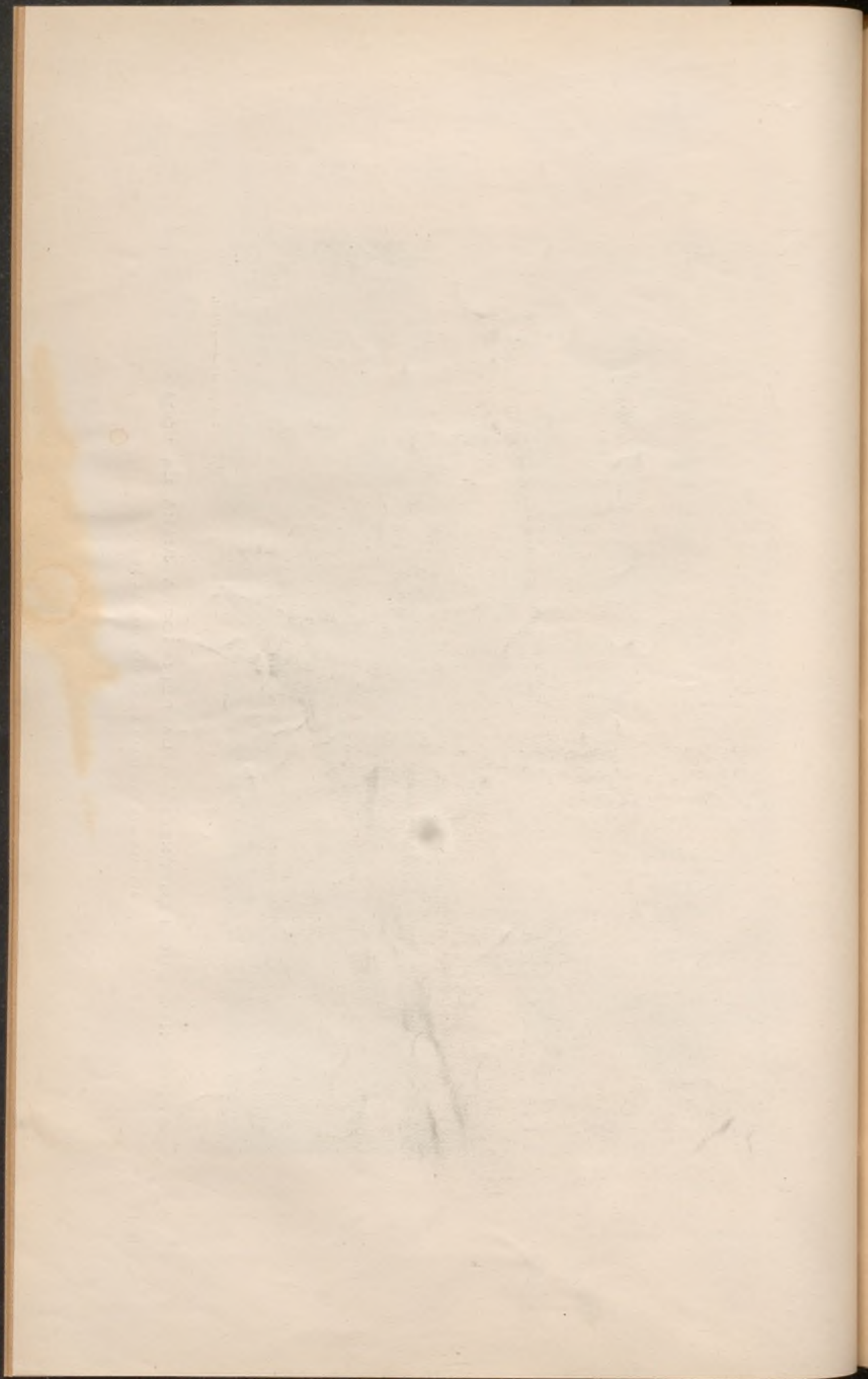
<sup>2</sup> Los Papas ponían en sus breves sello con la nave.



Fotografía de Hauser y Mencl.

NAO QUE PERTENECIÓ Á LA REINA DOÑA JUANA LA LOCA

ACTUALMENTE PROPIEDAD DE LA CATEDRAL DE TOLEDO



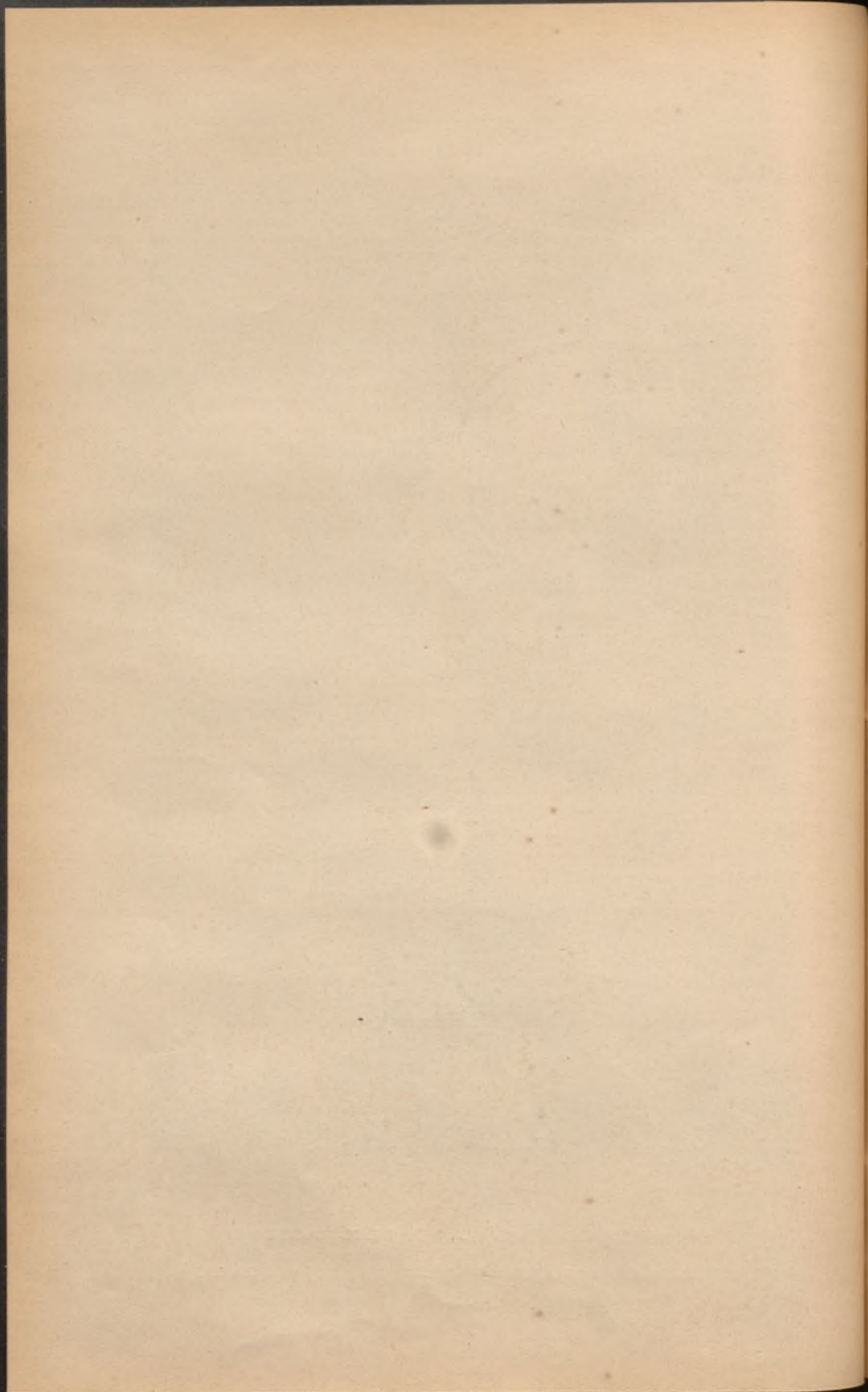




*Fototípica de Hauser y Menet.-Madrid*

NAVETA DONADA Á LA SEO DE ZARAGOZA

POR MOSÉN JUAN DE TORRELLAS EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XV.



Las naves artísticas, cual la de la iglesia de Zaragoza, debieron, no obstante, extenderse luego á los usos suntuarios de la vida común. Por ello el tapiz (expuesto en la misma sala) en que se conmemoró el gran festín de Asuero presenta en el centro de la mesa, entre la vajilla de oro, dos naos montadas sobre ruedecitas, con carga de confituras ó de flores, y de suponer es que no las dibujara caprichosamente el autor de los cartones, sino porque parecidos objetos había visto en las mesas de los potentados.

Coincidiendo con los días probables del tejido se celebraron en Lila, no lejos del taller flamenco, las fiestas del Faisán, en que la corte de Borgoña desplegó su boato, y, describiéndolas Olivier de la Marche, cuenta que así en el comedor del duque de Cleves, como en el del gran Felipe el Bueno, entre innumerables y famosas piezas de orfebrería sobresalieron, por centro de mesa del primero, una nao de oro que parecía remolcar un cisne de plata, y como adorno monumental de la de Felipe, otra nao fundada, con sus árboles, jarcias y marineros.

Dícese que en el banquete ofrecido por el cardenal de España á Cristóbal Colón en Barcelona, cuando mandó hacerle salva en la copa como á persona real, una de las carabelas simulaba navegar sobre el mantel en mar de flores y de frutas. El pintor Reisseitein la ha puesto de este modo en el cuadro titulado *Del huevo*; pero sin necesidad de acudir á las crónicas, hay á la mano testimonios fehacientes de la costumbre.

En la sala V se admira una nao de cristal de roca, plata dorada y esmalte que, como las del tapiz del rey Asuero, está montada sobre ruedas. Tiene un dragón por tajamar y prolijos adornos ojivales, bien notables en el fotograbado, que denuncian destino especial. Perteneció á Doña Juana la Loca; ahora es propiedad de la catedral de Toledo.

No pocos objetos de arte, de la especie, registran las noticias anejas. D. Pedro de Castilla mandó construir nao de oro con piedras y aljofar, y galera de plata, prendas de tanta estimación que por mandas preferentes del testamento legó á sus hijas Doña Beatriz y Doña Constanza.

El duque de Saboya, Carlos Manuel, en el acto de su casamiento en Zaragoza con

la infanta Doña Catalina (año 1585), presentó como regalo al príncipe D. Felipe una galera de cristal con los aparejos y pertrechos de oro fino.

Obsequio de mayor estima hicieron los diputados del reino de Nápoles á la archiduquesa Doña Margarita por casamiento con el mismo Príncipe, entonces rey con la denominación de Felipe III. Consistía en nao de cristal de roca también, con árboles, jarcias y entenas de oro, valuada en más de cincuenta mil escudos.

Joyas del arte, análogas, poseyeron don Juan de Austria, el gran duque de Osuna y varias damas de alcurnia mantenedoras del buen tono. Los visitantes asiduos del Museo del Prado conocen la nave de cuarzo hialino colocada entre los vasos berne-gales del tesoro de Felipe II. Es muy parecida á la de Doña Juana la Loca, aquí reproducida, é igualmente está montada sobre ruedas, salvo que en la del Museo son, como ella, de cristal por mayor trabajo y mérito.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

## SECCIÓN OFICIAL

### La Sociedad de Excursiones en Julio.

La Sociedad Española de Excursiones realizará la anunciada expedición á SANTA MARÍA DE HUERTA, con detención y visita á la importante ciudad de SIGÜENZA, en los días miércoles, jueves y viernes, 12, 13 y 14 de Julio, con arreglo á las condiciones siguientes:

Salida de Madrid (estación del Mediodía), el miércoles 12, 7<sup>h</sup>, 5' mañana.

Llegada á Sigüenza, 12<sup>h</sup>, 23' tarde.

Salida de Sigüenza para Huerta, 11<sup>h</sup>, 38' noche.

Llegada á Huerta, el jueves 13, 1<sup>h</sup>, 24' mañana.

Salida de Huerta, el viernes 14, 1<sup>h</sup>, 44' tarde.

Llegada á Madrid, 9<sup>h</sup>, 50' noche.

*Monumentos que se visitarán.* — En Sigüenza, la catedral, capilla de Santa Catalina, castillo é iglesias románicas. — En Huerta, el magnífico monasterio cisterciense de Santa María y el castillo de los Excmos. Sres. Marqueses de Cerralbo. — También se visitará el próximo cas-

tillo llamado de los Templarios, y además la yeguada de pura sangre, propiedad de los señores marqueses.

*Cuota.*—Cincuenta y siete pesetas, en que se comprende el billete de ida y vuelta en ferrocarril (primera clase), estancia, manutención y gratificaciones.

Para las adhesiones, dirigirse, acompañando la cuota, al organizador de la excursión y presidente de la Comisión ejecutiva, Sr. Serrano Fatigati (calle de las Pozas, 17), hasta el día 10 de Julio inclusive.—Los señores socios adheridos deberán estar en la estación quince minutos antes de la salida del tren.

*NOTA.*—Si antes del día fijado para esta excursión se ha formalizado entre la Compañía de los ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante y nuestra sociedad la rebaja en los precios para los socios, que se venía gestionando, se devolverá á los señores adheridos la parte alícuota que les corresponda en el beneficio logrado.

Madrid, 30 de Junio de 1893.—El secretario general, *Vizconde de Palazuelos.*—V.º B.º—El presidente, *Serrano Fatigati.*



#### LA SOCIEDAD DE EXCURSIONES EN ACCIÓN

SS. AA. RR. las Serenísimas señoras Doña María de las Mercedes, princesa de Asturias, y Doña María Teresa y Doña Isabel, infantas de España, se han servido autorizarnos para inscribir sus nombres en nuestras listas, dignándose recibir, como suscriptoras, nuestro BOLETÍN. La Sociedad Española de Excursiones, y en su representación la Comisión ejecutiva, hace presente con este motivo el testimonio de su viva gratitud hacia tan excelsas personas por la alta honra con que ha sido favorecida.

x  
x x

La concesión de rebaja en los ferrocarriles españoles, merced á las gestiones que ha venido practicando la Sociedad Española de Excursiones, es un hecho. Así lo ha comunicado en atento oficio el Excmo. Sr. Director de Obras públicas á nuestro digno Presidente, el cual á la mayor brevedad se pondrá de acuerdo con el Sr. D. Wenceslao Martínez, secretario de las líneas españolas, respecto á la forma de hacer práctica tan ventajosa concesión. La

Sociedad de Excursiones hace aquí presente su agradecimiento hacia todos los señores que con su concurso la han facilitado.

x  
x x

En los días 4 y 5 de Junio último, según estaba anunciado, se llevó á efecto la excursión á Brihuega y Torija (Guadalajara), que seguramente ha sido una de las más fructíferas. Como resultados prácticos de ella pueden señalarse el *meeting* ó reunión pública de propaganda histórico-artística, celebrado en el teatro de Brihuega, con numerosísimo concurso, en la noche del 4, y el acuerdo tomado por el Ayuntamiento de aquella importante villa, á instancia de la Sociedad de Excursiones, y en particular de su digno individuo el Sr. Catalina García, de perpetuar la memoria del insigne protector de Brihuega, el arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, dando su nombre á una de sus calles y colocando una lápida en sitio público y principal de la localidad.

En su número próximo publicará el BOLETÍN la reseña de aquella expedición, debida á la pluma del Sr. Catalina García, y á ella acompañarán varios grabados de importantes monumentos, tomados de fotografías que sacó nuestro consocio el Sr. Quintero.

x  
x x

Nuestra Comisión ejecutiva ha dispuesto que todos los socios del Centro excursionista de Cataluña tengan derecho á asistir á nuestras excursiones sin más justificación que la de presentar el último recibo de aquel Centro al tiempo de inscribirse.

x  
x x

La Comisión ejecutiva se ocupa en organizar la excursión á la Ciudad Encantada para el mes de Octubre próximo. Á esta excursión concurrirá un fotógrafo para tomar las vistas principales y publicarlas en nuestro BOLETÍN.

Las condiciones con que deba efectuarse el viaje se publicarán oportunamente.

x  
x x

Ha sido nombrado delegado de la Sociedad de Excursiones en Tarragona D. Juan Ruiz Porta, y en Uclés D. Román García Soria.